

**María Elisa Cevalco, *Para leer a Raymond Williams*
Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Colección “Intersecciones”, 2003,
311 páginas.**

Para leer a Raymond Williams constituye una importante toma de posición, en los debates académicos latinoamericanos contemporáneos, respecto de la vigencia y productividad de los estudios culturales como herramientas teóricas y metodológicas para la comprensión y consecuente transformación de nuestras sociedades de capitalismo periférico. En el marco del uso de la teoría como impulsora de la politización de la literatura, por la que la crítica literaria se transforma en estudios culturales, Cevalco propone un rescate del legado de Raymond Williams en pos de la constitución de una política de la cultura que dispute los espacios de crítica cultural, que la autora considera monopolizados por las teorías posmodernas en el contexto actual de la hegemonía capitalista neoliberal.

Concebido inicialmente como Tesis de Libre Docencia en Letras y presentado como uno de los primeros estudios sistemáticos en torno a Williams producido en América Latina, Cevalco se propone trazar en el capítulo inicial de su trabajo el estado de la cuestión de la discusión williamsiana en su ámbito de pertenencia –pocas traducciones y escasa difusión– como punto de partida para exponer el itinerario de la producción crítica y las discusiones suscitadas en torno a la extensa obra de Williams en Inglaterra y Estados Unidos –curiosamente, el ámbito crítico latinoamericano está ausente en su recorrido– desde distintas vertientes teóricas pero, sobre todo, haciendo hincapié en los debates suscitados en el seno mismo de la tradición intelectual en la que Williams se inscribe: el marxismo. La conclusión de Cevalco en torno a la recepción de Williams puede exponerse sintéticamente: falta de compromiso por parte de la crítica, lecturas sesgadas, tratamientos superficiales, análisis truncos producto de la ortodoxia académica y de cierto dogmatismo de los estudios culturales, olvidos selectivos y apropiaciones indebidas de su legado. Este panorama desolador es de alguna manera el puntapié que legitima la necesidad de volver a leer la producción williamsiana para recolocarla en el espacio de criticidad que le corresponde: en tanto su teoría materialista de la cultura posibilita el análisis de los mecanismos y dispositivos de la dominación cultural y social como espacio de la hegemonía y del poder de clase burgués.

La lectura de Cevalco, entonces, intenta exponer la totalidad del proyecto intelectual de Williams indagando un itinerario que se inicia con su enfrentamiento, reevaluación y consecuente toma de posición crítica frente a las tradiciones conservadoras e idealistas de la crítica literaria hegemónicas en el período de su formación universitaria en las décadas del 20 y 30 –encarnadas en figuras tales como Eliot y Leavis–, para proseguir con el abordaje y la reformulación teórica de ciertos conceptos marxistas, los análisis sociológicos de la literatura, la historia de las ideas y de los medios de comunicación. Indaga, además, la experiencia de Williams en la *New Left* y en el proyecto de intervención cultural constituido en torno a *Politics and Letters*, el libro que reúne sus entrevistas con algunos representantes de esa corriente; asimismo, narra sus desavenencias políticas con el Partido Laborista, la ruptura con el PC inglés y la discusión con la corriente estructuralista en la década del 60, para concluir en lo que la autora considera la contribución fundamental de Williams a una teoría marxista de la cultura: el materialismo cultural como forma de comprensión de la organización social general de la sociedad y como instrumento de transformación para una acción política.

Cevalco argumenta que las dos tradiciones fundamentales en el contexto de formación de Williams fueron, por un lado, las enseñanzas de Leavis, y por otro, el marxismo. Ambas tradiciones estarán sujetas a críticas y reformulaciones desde la óptica del materialismo cultural. Leavis era el centro en el campo intelectual de la Inglaterra de posguerra. Sus formulaciones en torno a la cultura y a la literatura fueron un tipo específico de reacción a los cambios experimentados en la vida social inglesa frente al avance del capitalismo. Desde una posición considerada por Williams como elitista y conservadora, Leavis abogaba por la formación de una minoría privilegiada de intelectuales nostálgicos que resguardasen y fomentasen la configuración de cierto recorte selectivo del pasado y de la cultura nacional como forma de oponerse a la sociedad industrial. Ahora bien, esta discusión de los valores que debían ser preservados frente a un modelo de sociedad mercantilizada estaba inserta en el terreno de la literatura, esto es, no se discutían los valores sociales, sino meramente los valores estéticos, y la crítica, entonces, se mantenía en el terreno del idealismo.

Por otro lado, la impronta del marxismo en la formación de Raymond Williams recibe un tratamiento más amplio y pormenorizado a través de varios de los ensayos que conforman este volumen. Su relación con esta tradición se dio, en términos de Cevalco, como “reapropiación crítica”, y esta reapropiación será el centro de interés de la autora.

La nueva dirección política en la Inglaterra de la década del 30 requería pensar nuevas bases para la interpretación y la transformación socialista de una sociedad transmutada por el avance de las

tecnologías de la comunicación y el consumo desenfrenado. El proyecto de actualización del marxismo a estas nuevas condiciones sociales fue el núcleo de las preocupaciones de Williams. Frente a la organización de la vida impuesta por esta fase específica del capitalismo, donde la cultura tiene un espesor fundamental en la producción y reproducción de la vida social, Williams comienza a discutir la visión economicista e idealista del marxismo en torno a la cultura entendida como el espacio de lo superestructural. Esta visión supone una base material fija e inmutable –y no históricamente determinada y sujeta a cambios, como toda forma de relación social–, que determina unívocamente a la cultura concebida como el “terreno de las ideas”. En cambio, la cultura en las formulaciones williamsianas, al igual que la economía y la política, es un tipo específico de fuerza productiva. Cevalco sostiene que para un materialista como Williams no era posible pensar el marxismo sin una idea de determinación. El sentido que imputará entonces a este concepto –por medio del cual saldrá de la posición vigente en Inglaterra– será el de ejercer presión e imponer límites, en tanto la determinación es histórica y expresa la intención de una clase dominante en un período histórico determinado. La cultura, entonces, ya no se piensa como reflejo de la economía, sino como un espacio de lucha donde coexisten fuerzas en pugna que debaten, interpelan y resisten el modo de vida impuesto por la dominación. La reapropiación del concepto de “hegemonía” de cuño gramsciano será el punto nodal de resolución de este asunto: la hegemonía es la determinación en proceso. Esto es, lo hegemónico es dominante pero no lo abarca todo: siempre existe el conflicto y los antagonismos, en tanto los sujetos de la hegemonía son sujetos activos que no reproducen meramente la desigualdad social, sino que también resisten y luchan.

De esta manera, Cevalco presenta la configuración de la teoría materialista en su totalidad, donde aparecen cuestiones tales como la historia de las disputas en torno al concepto de “cultura”, las nociones de “instituciones”, “formaciones”, “tradiciones”, “canon”, “experiencia ordinaria”, cierta concepción del lenguaje como práctica material y del arte como actividad social específica que presenta el modelo social como fue vivido en sus contradicciones. El concepto williamsiano de “estructuras del sentir” es fundamental en las formulaciones de Cevalco a propósito del valor otorgado por Williams a la literatura como práctica específica que condensa los modos en que una sociedad se piensa a sí misma en determinado momento histórico. Las estructuras del sentir son formas de articulación, en el interior de una obra, de una respuesta a cambios determinados en la estructura social, donde emergen las resistencias a los límites que impone un determinado modelo de sociedad. Estas formas de estructuración de lo que es vivido en la experiencia histórica se articulan como lo emergente que escapa a la hegemonía, no por derivación de otras formas externas, sino como una formación de tipo específico. Cevalco argumenta que este concepto es un elemento de análisis fundamental para contribuir a la conformación de una política de la cultura transformadora.

Esta presentación de la teoría materialista de la cultura se completa con ejemplos de su puesta en práctica en análisis concretos: la novela inglesa del siglo XIX como configuración de la experiencia histórica, las notas en torno a la televisión y los usos de la tecnología en el interior de relaciones sociales específicas entre clases, los recorridos por distintos tramos de la historia intelectual y por formaciones específicas, la centralidad de las condiciones de producción como determinantes de prácticas culturales concretas, etc., en el contexto de los cambios constantes de las sociedades capitalistas contemporáneas.

Al margen de ofrecer un interesante recorrido a través de la extensa producción de Williams, el trabajo de Cevalco se torna en ciertas zonas algo reiterativo e interesado en excusar omisiones de la obra williamsiana y mitigar los debates generados por las mismas en el interior del campo marxista de los estudios de la cultura. Las réplicas a Williams, efectuadas por figuras tales como Eagleton y Thompson –que reconocen la centralidad que la producción williamsiana tuvo en sus propias formaciones intelectuales– giran en torno a la cuestión de la falta de rigurosidad con que Williams encara ciertas cuestiones que son fundamentales para el pensamiento marxista. En opinión de estos teóricos, en los trabajos de Williams parece no estar claro cuáles son las condiciones básicas de subsistencia de los sujetos y qué factores son más determinantes que otros en la producción y reproducción de la existencia social. Por otro lado, cuestionan la propuesta williamsiana sobre la conformación de una “cultura común”, como espacio compartido de valores y prácticas en una sociedad determinada, ya que esta formulación parece desconocer el funcionamiento real de la ideología en el capitalismo. Otra cuestión que Cevalco atenúa, y que hubiera sido interesante que discutiese en tanto es central respecto de la especificidad de su propio objeto de análisis –la literatura–, y a la que, por otro lado, otorga centralidad en su propia lectura de Williams, tiene que ver con el lugar atribuido a lo “emergente”. Si para Williams el arte es el campo de contradicciones entre una ideología conciente y una experiencia emergente, esta emergencia, se pregunta Eagleton, ¿está por fuera de la ideología? Cevalco parece olvidar que este tipo de críticas enriquecen los debates y dinamizan la lógica propia del campo intelectual.